

FERNANDO BONETE

@en_bookle

Un libro
para cada año
de tu vida



temas de hoy

FERNANDO BONETE
UN LIBRO PARA CADA
AÑO DE TU VIDA

© Fernando Bonete, 2025
Corrección de estilo a cargo de Andrés Prieto

Diseño e ilustración de la cubierta: Irene Pérez
Adaptación de la cubierta: Gerard García Calafell

© Editorial Planeta, S. A., 2025
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2025
ISBN: 978-84-10293-70-0
Depósito legal: B. 9.307-2025
Composición: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

6 años. <i>El Mago de Oz</i> de L. Frank Baum (1900)	17
7 años. <i>Mi planta de naranja lima</i> de José Mauro de Vasconcelos (1968)	23
8 años. <i>Tarzán de los monos</i> de Edgar Rice Burroughs (1914)	27
9 años. <i>El prisionero de Zenda</i> de Anthony Hope (1894)	33
10 años. <i>Harry Potter</i> de J. K. Rowling (1997)	39
11 años. <i>Alicia en el País de las Maravillas</i> de Lewis Carroll (1865)	43
12 años. <i>Noches blancas</i> de Fiódor Dostoyevski (1848)	47
13 años. <i>¡Guardias! ¡Guardias!</i> de Terry Pratchett (1989)	51
14 años. <i>El baile</i> de Irène Némirovsky (1930)	57

15 años. <i>Tropas del espacio</i> de Robert A. Heinlein (1959)	61
16 años. <i>Los desposeídos</i> de Ursula K. Le Guin (1974)	67
17 años. <i>Mendel, el de los libros</i> de Stefan Zweig (1929)	73
18 años. <i>Cita con Rama</i> de Arthur C. Clarke (1972)	77
19 años. <i>Buenos días, tristeza</i> de Françoise Sagan (1954)	81
20 años. <i>El perfume</i> de Patrick Süskind (1985)	87
21 años. <i>La vegetariana</i> de Han Kang (2007)	93
22 años. <i>Nosotros</i> de Yevgueni Zamiatin (1921)	99
23 años. <i>22/11/63</i> de Stephen King (2011)	105
24 años. <i>El ruido del tiempo</i> de Julian Barnes (2016)	109
25 años. <i>Asesinato en la convención</i> de Isaac Asimov (1976)	115
26 años. <i>El corazón de las tinieblas</i> de Joseph Conrad (1899)	121
27 años. <i>La letra escarlata</i> de Nathaniel Hawthorne (1850)	125
28 años. <i>Industrias y andanzas de Alfanhui</i> de Rafael Sánchez Ferlosio (1951)	131
29 años. <i>Padres e hijos</i> de Iván Turguénev (1862)	135
30 años. <i>Macbeth</i> de William Shakespeare (1606)	141
31 años. <i>El quinto en discordia</i> de Robertson Davies (1970)	145

32 años. <i>El desierto de los tártaros</i> de Dino Buzzati (1940)	149
33 años. <i>Esperando a los bárbaros</i> de J. M. Coetzee (1980)	153
34 años. <i>El coronel no tiene quien le escriba</i> de Gabriel García Márquez (1961)	157
35 años. <i>La Gaviota</i> de Fernán Caballero (1849)	163
36 años. <i>Los pazos de Ulloa</i> de Emilia Pardo Bazán (1886)	167
37 años. <i>Lonesome Dove</i> de Larry McMurtry (1985)	173
38 años. <i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i> de Julio Verne (1869)	179
39 años. <i>Peter Pan</i> de J. M. Barrie (1911)	185
40 años. <i>Los héroes</i> de Joe Abercrombie (2011)	189
41 años. <i>Los idus de marzo</i> de Thornton Wilder (1948)	195
42 años. <i>Relato soñado</i> de Arthur Schnitzler (1926)	201
43 años. <i>El final del affaire</i> de Graham Greene (1951)	205
44 años. <i>El paso siguiente en el baile</i> de Tim Gautreaux (1998)	211
45 años. <i>El sombrero de tres picos</i> de Pedro Antonio de Alarcón (1874)	217
46 años. <i>Nemo</i> de Gonzalo Hidalgo Bayal (2016)	221
47 años. <i>El extranjero</i> de Albert Camus (1942)	225
48 años. <i>El túnel</i> de Ernesto Sábato (1948)	229
49 años. <i>La tregua</i> de Mario Benedetti (1959)	235

50 años. <i>El lector</i> de Bernhard Schlink (1995)	239
51 años. <i>Mañana en la batalla piensa en mí</i> de Javier Marías (1994)	243
52 años. <i>La señora Dalloway</i> de Virginia Woolf (1925)	247
53 años. <i>Tras la máscara</i> de Louisa May Alcott (1866)	251
54 años. <i>El estudiante de Salamanca</i> de José de Espronceda (1840)	257
55 años. <i>Una cuestión personal</i> de Kenzaburō Ōe (1964)	261
56 años. <i>El señor de las moscas</i> de William Golding (1954)	265
57 años. <i>Marianela</i> de Benito Pérez Galdós (1878)	271
58 años. <i>La mujer de blanco</i> de William Wilkie Collins (1860)	277
59 años. <i>El asesinato de Roger Ackroyd</i> de Agatha Christie (1920)	283
60 años. <i>Una pena en observación</i> de C. S. Lewis (1961)	287
61 años. <i>Aniquilación</i> de Michel Houellebecq (2022)	293
62 años. <i>Todo se desmorona</i> de Chinua Achebe (1958)	299
63 años. <i>Aura</i> de Carlos Fuentes (1962)	303
64 años. <i>Jane Eyre</i> de Charlotte Brontë (1847)	309
65 años. <i>Cuánta tierra necesita un hombre</i> de Lev Tolstói (1886)	315

66 años. <i>La trágica historia de la vida y muerte del doctor Fausto</i> de Christopher Marlowe (1604)	319
67 años. <i>El lugar sin límites</i> de José Donoso (1966)	323
68 años. <i>La invención de Morel</i> de Adolfo Bioy Casares (1940)	327
69 años. <i>Seréis como dioses</i> de Gustave Thibon (1959)	333
70 años. <i>Olvidado rey Gudú</i> de Ana María Matute (1996)	339
<i>Palabras finales</i>	345
<i>Agradecimientos</i>	347
<i>Biografía del autor</i>	349

6 AÑOS

El mago de Oz (1900) de L. Frank Baum

Cuento los días —exagero— para que mis hijos cumplan los seis años, porque creo —evidencia ninguna, ilusión toda— que a esa edad podrán percibir mejor los valores y las lecciones de vida que me iluminaron a mí al leer las aventuras del pintoresco grupo de amigos formado por Dorothy, el Espantapájaros, el Hombre de Hojalata y el León Cobarde en ese mundo maravilloso de Oz, dividido en cuatro puntos cardinales con sus respectivas brujas —el país de los Munchkins (este), el país de los Winkies (oeste), el país de los Quadlings (sur) y el país de los Gillikins (norte)— y con la Ciudad Esmeralda como centro, capital y hogar del gran mago.

En primer lugar —diría que este también es el orden en el que se transmiten estos valores en la novela, o así

me lo pareció a mí, o así querría que lo entendieran mis niños—, muy pronto, nada más comenzar el relato, pues es el propósito que pone en movimiento a Dorothy, regresar a casa, se da la idea de que el lugar del que uno viene es un punto de referencia esencial para la vida, la presente y la que está por venir. No es tanto que guardemos un recuerdo grato o positivamente especial del lugar donde nacemos y crecemos, pues esto no siempre es posible para todos y no tendría validez como mensaje universal. Las circunstancias en las que transcurre nuestra infancia y juventud pueden ser, por desgracia, penosas, y quedar así impresas como un mal recuerdo—cuando no un trauma— en nuestra memoria. Se trata más bien de la noción de que nuestro origen nos marca y de que, de una u otra manera, no es que «queramos» o no volver a él, sino que volvemos a él; se impone y nos impele a dar forma al presente porque nos dio forma en el pasado.

Es decir, no es que nuestra protagonista tuviera razones por las que volver a casa. Allí le esperaban no mucho más que un tío Henry y una tía Em reservados y apagados por las duras condiciones del Medio Oeste, una Kansas seca, gris y monótona, exenta de vitalidad o de alegría, en la que casi lo único que destaca entre tanto viento y polvo es un pequeño terrier negro, el cariñoso Toto. Pero en aquella granja de Kansas está, pese a todo, su hogar, la brújula para su viaje de vuelta y para todo lo demás. De hecho, qué final tan abrupto, casi decepcionante el que nos presenta Baum, quien en apenas un par de páginas despacha la vuelta a casa de Dorothy. Pero es

que el objetivo se ha cumplido. Ha vuelto a casa, todo está bien.

En segundo lugar, *El mago de Oz* subraya la idea de que la magia más poderosa de todas —la única a nuestro alcance, por cierto— es la imaginación. Y no lo digo tanto por el mundo de fantasía creado por Baum, que incluso teniendo por objeto a los niños posee un fuerte poder de atracción para los adultos. ¿A quién se le ocurre crear un «País de la Porcelana»? Además de la gracia y el encanto de proyectar un mundo así, que hace las delicias de un niño, su capacidad de sugestión es tremendamente poderosa: sus habitantes son seres de porcelana extremadamente frágiles, tienen miedo de romperse, por lo que se muestran reacios a interactuar con los visitantes. ¿Hay forma más delicada de mostrar que el temor a relacionarnos con aquellos que son diferentes a nosotros no es sino una señal de la propia inseguridad y el resultado del miedo a romper nuestros esquemas? Bueno, y también el mensaje de que no todo lo bello es duradero o puede poseerse. Y por cierto que, por aquello que mencionábamos del hogar, tampoco la princesa de Porcelana quiere abandonar su país: podría romperse.

Pero digo que esa potencia de la imaginación no la encuentro tanto en el mundo de fantasía creado por Baum como en el grandísimo engaño que sostiene toda la obra: la falsa personalidad del mago. La máxima expresión de ese poder está en la hazaña de un hombre normal y corriente de Omaha, un charlatán bienintencionado, una parodia del hombre hecho a sí mismo que aprovecha la conmoción inicial de su llegada, su habili-

dad para la impresión y su ingenio —la aplicación en la práctica de la invención que bebe de la imaginación— para gobernar un mundo. El mago se sirve de una genial fachada de atrezo, humo, luces y voz amplificadas para fingir extraordinarias facultades con peligrosas consecuencias para los desobedientes, y engañar tanto a sus inocentes habitantes como a los visitantes: al grupo de Dorothy, sí, pero también a los lectores.

El mago de Oz no es un villano, en eso podemos coincidir tanto con él mismo como con Dorothy, pero no es trigo limpio. Su intervención acaba por ser vital para que el Espantapájaros, el Hombre de Hojalata y el León Cobarde alcancen aquello que más desean, aunque solo sea porque, una vez más desde la argucia —sin embargo, efectiva—, logra desbloquear en ellos un poco de lo que a él le sobra: creer en uno mismo. Pero es cuando menos un jeta, si tenemos en cuenta cómo se despide de sus gobernados y deja atrás a Dorothy en el último momento después de haberlos utilizado a todos en su gran función final. Al mismo tiempo que Baum nos muestra el poder de la imaginación —y como mejor se enseña es así, al servicio de las peores intenciones—, nos previene contra los impostores que, haciendo uso de esa astucia más que de la virtud, ascienden a la cima de un orden que los supera.

Por último —aunque no menos importante, tal vez al contrario—, me interesa sobre todas las cosas la intensa pátina de bondad que impregna el relato de principio a fin. Frente a nuestra experiencia diaria fuera de sus páginas —o a pesar de ella—, *El mago de Oz* nos re-

cuerda que es la voluntad de avanzar con bondad y en la compañía adecuada la que prevalece. Sus protagonistas, al igual que una mayoría de los personajes que aparecen de forma ocasional durante su viaje —con permiso de los antagonistas—, actúan imbuidos de un espíritu de cooperación que es tan elemental como inspirador. Dorothy, el Espantapájaros, el Hombre de Hojalata y el León Cobarde son un grupo tan diverso como complementario. Cada uno de ellos presenta —cree tener— una carencia insalvable, pero aporta lo que sí tiene a los demás sin esperar nada a cambio, demostrando que somos más de lo que creemos, en especial cuando nos ofrecemos con total gratuidad a los demás, y que las cosas más valiosas, como los zapatos plateados¹ de Dorothy, vehículo de su regreso, están con nosotros desde el principio.

(1) Rojos para quien los recuerde de la película de Victor Fleming (1939), en que se juega con el contraste del mundo en sepia de Kansas con el colorido mundo en Technicolor de Oz. El impacto visual ayudó a consolidar este proceso como un estándar en Hollywood.